

FASADO Y PRESENTE DEL INSTITUTO NACIONAL DE CANCEROLOGIA

Discurso del doctor JOSE A. JACOME VALDERRAMA al inaugurar los nuevos pabellones y clausurar el Curso de Cancerología para Post-Graduados.

He querido reunir a ustedes en este día diáfano, nobles amigos del corazón y de la inteligencia, para compartir la alegría de culminar una etapa inicial, cuando esta institución gallarda y respetable del Instituto Nacional de Cancerología ha estado en mis manos y cuando la clausura de un Curso de Cancerología de Post-Graduados, destacado y distinguido como el que más, nos ha dejado sentir con toda intensidad esa noble elación del orgullo.

Pocas veces en la vida del hombre, llega el Buen Dios a permitirle contemplar la realización de sus aspiraciones y la prolongación de su entusiasmo hecho ya vida y realidad. Por éllo debo considerarme afortunado y agradecerle a El que en dos y medio años de labor, pueda presentar ante mis conciudadanos y colegas, lo que se ha hecho en este Instituto, no por méritos propios, sino por el auxilio y el apoyo decidido de las altas personalidades que hoy nos acompañan y por la colaboración siempre eficaz y decidida de mis compañeros de labor, quienes infatigablemente han venido trabajando en forma callada y discreta, como corresponde a hombres de gran valor.

Las palabras y las emociones son para ser dichas y por tal razón he querido exteriorizar mis sentimientos en esta ocasión, cuando vemos cumplidas algunas de las aspiraciones que tuvimos al encargarnos de la Dirección de este Instituto.

El Instituto Nacional de Radium, tantas veces incomprendido y tantas veces calumniado, ha sido siempre una tribuna del saber. Quizá por haber sido construido con los valores más preciados de los colombianos —joyas que fueron en un principio símbolo de amor y fidelidad y luego, la más noble afirmación de patriotismo— se destaca en el panorama de la medicina nacional como un símbolo de prestigio y como un ejemplo de tenacidad admirable.

Figuras señeras de ayer, pusieron las bases de estos pabellones que acabamos de inaugurar oficialmente; otros lucharon por adaptarlos a las necesidades del momento y a nosotros nos tocó vivir los días en que un gobierno entusiasta y preocupado por las necesidades de la salud pública, se decidió a concluirlo y a dotarlo. Todos quienes han pasado por este centro hospitalario, han contribuído en una u otra forma a su progreso y por ésto es que deseo consagrar a ellos el testimonio de mi homenaje.

Aquí se ha hecho medicina nacional en forma científica y callada, y no por callada menos resonante en el progreso colombiano. Aquí se han forjado inteligencias y se han cultivado humanidades; aquí se han modelado los clínicos más destacados que sirven al país y con sus disciplinas han depurado el sentido noble y gallardo de la medicina; aquí surgieron y se perfeccionaron habilidades quirúrgicas bien sazonadas al calor de un sentido clínico depurado, y aquí adquiere el más noble sentido el cirujano; aquí y solamente aquí, porque en un sitio único en Colombia, nace, vive y se revitaliza la radioterapia nacional, rama de la medicina tan olvidada quizás por lo esquiva pero no por ello menos útil, para combatir la enfermedad.

Si volvemos los ojos a estos diecinueve años que ha tenido de vida el Instituto Nacional de Cancerología, no podemos esquivar la admiración y la gratitud para los que aquí han trabajado. Pioneros de una rama extraña y enrevesada en los principios, son ellos los que dejan las normas clásicas de la historia clínica y los que inician una nueva etapa en la manera de hacer medicina; ni la pasión política ni los colores banderizos pueden demeritar una labor, ni tampoco estos motivos aparentemente grandes en el momento, pero en el fondo mezquinos, pequeños y baladíes, pueden llegar a empañar la mente de los médicos y los científicos, los cirujanos y los terapeutas, que cuando han llegado a este instituto, han sentido la llamada del saber, han depuesto sus odios y han dejado sus pasiones, para trabajar solamente por el ser humano que llega a las puertas de esta casa, en busca de alivio, de curación y de consuelo, para esa tremenda enfermedad que es el cáncer.

Por eso, hoy, al recordar los nombres que pasaron por aquí, desaparecen las rencillas y los odios de ayer, fustigados por este anhelo poderoso del progreso patrio, azotados por este despertar médico y científico que en su intensidad y en su deseo, quiere arrollar la inclemencia de la envidia, destruir los errores y presentar purificada, blanca y noble, a esa diosa diáfana que es la medicina co-

lombiana, que resurge hoy en manos y en mentes jóvenes, sedientas de saber.

Por eso los nombres de Jaramillo Arango y José Vicente Huertas, de Juan Pablo Llinás, Ramón Atalaya, de Ruperto Iregui y Alfonso Flórez, de Tovar Borda y Rafael Meoz, de Daniel Brigard y Carlos Márquez, de Cesar Pantoja y Roberto Restrepo, Rueda Galvis y Montejo, Medina Pinzón y Gómez Martínez, Archila, Andrade y Palacios, Jiménez Arango y Latorre, Bernal Tirado y Ordóñez, Forero Vélez, Barrera y Valencia y otros tantos, no menos respetados y admirados, se confunden en nuestro aprecio y gratitud, con los de estos otros —nuestros colaboradores, compañeros y amigos— Carrizosa y Gaitán, Mendoza, Lozano y Huertas, Consuegra, Cortázar y Medina, Triana, Darnalt, Muñoz y Blanco; Mariño, Cuervo Márquez y Jordán; Méndez Castro Duque y Tamayo; Lattiff, González Torres y Romero, Cleves, Hakim, Gutiérrez y París; Pachón, Scioville, Forero, Jasbón y Bohórquez y aquellos trabajadores infatigables del internado a quienes por sólo mencionar sus nombres podrían herirse en su modestia admirable.

Todos ellos dejaron una hue'la, lucharon contra la enfermedad y pretendieron servir al colombiano enfermo, no por ambición de lucro —que aquí nunca ha existido, sino porque sirven a una vocación irrevocable y porque el acicate del saber, los ha hecho ahondar en la investigación y en el estudio.

En alguna Institución similar a ésta, ví sobre el pórtico de entrada una frase lapidaria que bien pudiera quedar también grabada aquí: "Tras estas puertas, unos pocos hombres luchan por salvar a los demás". El cáncer, palabra cruel porque es reflejo de una grave enfermedad, ha sido olvidada de los gobiernos en épocas pasadas, quizá porque al no ser una enfermedad infecto-contagiosa, no tenaí peligro a'guno para el pueblo y la sociedad.

Pero hoy en día, la realidad nos presenta la finiquitación de muchas enfermedades infecciosas, en donde el contagio ha sido vencido por la inmunización o la virulencia de sus gérmenes queda derrotada en la campal batalla que estan dando al mundo la quimioterapia y los antibióticos. La vida del hombre se prolonga y queda el interrogante grave y serio, que no puede dejar de afrontar ningún gobierno, porque sería un suicidio lento y tormentoso, de las enfermedades de degeneración de los tejidos y entre ellas, principalmente el cáncer.

La lucha contra el cáncer debe ser organizada por los gobiernos del mundo, no porque el cáncer sea una epidemia o infeste las ciudades, sino porque callada y silenciosamente va diezmando los mejores valores humanos, que ya sazonados y maduros, podrían dar los mejores frutos.

Pero como toda lucha y toda batalla debe tener una organización y una orientación definida, debe contar con unidad de mando y con soldados preparados y equipados para vencer. Nada se lograra con organizar guerrillas aisladas —que de guerrillas y guerrilleros ya tenemos una dolorosa experiencia— aunque sus propósitos fueran los mejores. Nada se ganaría con colocar centinelas y dar voces de alarma en un territorio yermo y desolado donde no hubiera personal preparado para defender, o donde el ejército que pudiera luchar, fuera menguado en unidades y en equipo. Nada se ganaría, sino traer el pánico, la confusión, la histeria y el miedo, al emprender luchas aisladas, nobles en el fondo, pero equivocadas en su organización, con lo que se traerían desastres, más bien que beneficios.

Por tal motivo es que al hacerme cargo de la dirección de este Instituto, en Abril de 1951, y hallar un panorama de pobreza y angustiosa desolación, mi propósito fuera el reconstruirlo y hacer de él, la institución médica que debe ser en el país. Capacitado el Instituto para recibir, tratar y diagnosticar, podríamos lanzarnos en una campaña contra el cáncer en Colombia, pero nunca antes, so pena de crear un problema al gobierno y al país, de muy difícil solución inmediata.

Si bien es cierto que aún no hemos concluido nuestra labor, si considero que hemos terminado una primera jornada. Con presupuestos estrechos y reducidos como ninguno, pero con la decidida ayuda de los Ministros Carvajal Peralta, Rueda Gálvis, Jiménez Arango, Tarazona y Henao Mejía, hemos logrado presentar lo que ustedes han visto.

Los pabellones del Hospital eran apenas una estructura de cemento en cinco pisos, que fue necesario modificar y adaptar hasta presentarla como lo han podido apreciar y en ella vivían miserablemente unos pocos enfermos. Esos pabellones están concluidos y los hemos dotado de camas, muebles, ropas y vajillas. Se ha comprado equipo médico en cantidad suficiente, al menos para las condiciones actuales. Se adquirió un equipo de radiodiagnóstico como el mejor que pueda existir en el país y se renovaron los siete equipos de radioterapia, cuatro de los cuales estaban antes inutilizados y aban-

donados. La dotación de una sala de cirugía completa, con su mesa quirúrgica, su lámpara cialítica, su aparato de anestesia por gases e instrumental está comprado y en la actualidad en las bodegas de la aduana, esperando el rescate de funcionarios diligentes. El equipo para una Central de Esterilización nos fue entregado ayer. Un precioso equipo de endoscopia tan completo y moderno como puede conseguirse está en nuestro poder. Una vajilla completa, un equipo para el uso de Isótopos Radioactivos, infinidad de elementos para los laboratorios y consultorios, tales como microscopios, cámaras de proyección microscópica, aparatos electrónicos de succión, colpóstatos, equipos para Banco de Sangre y muchos elementos más que sería largo enumerar, son adquisiciones valiosas que tiene hoy el Instituto, fuera de que además ya fue pedido y comprado un equipo lujoso y completo de calderas, calentadores, cocina, lavandería y planchaduría, que permitirán aumentar el cupo de enfermos que hoy tiene el Instituto.

Por otra parte, se adelanta la construcción del Laboratorio de Isótopos Radioactivos, del edificio para la nueva planta de lavandería y calderas y de la nueva sala de autopsias, elemento indispensable para el progreso médico de una institución, todo lo cual estará concluído para fines del año.

Con todo, el Instituto Nacional de Cancerología es aún insuficiente para las necesidades del país y es necesario pensar en su futura ampliación. Aumentada su capacidad, de 50 camas a 125, todavía quedan sin poderse atender infinidad de enfermos que llegan en solicitud de servicios de hospitalización y aún aumentado ese cupo a 150 camas, que podrá ser la capacidad definitiva de los actuales edificios, todavía quedará insuficiente.

Por ello, he sugerido la conveniencia de adquirir el extenso lote contiguo que linda al oriente con nuestro edificio, en donde podría levantarse el monobloque permitiera ampliar nuestros servicios y crear otros tantos necesarios que aún no existen, como son los laboratorios de investigación, la clínica de prevención, etc.

Por otra parte, el Instituto Nacional de Cancerología desea aumentar servicios de diagnóstico y tratamiento en las diferentes secciones del país y con tal fin ha dado en préstamo alguna cantidad de Radium a Medellín y Manizales y piensa darles a Cartagena, Cali y Bucaramanga, en Instituciones filiales en cuanto a orientación científica, pero con entera independencia económica.

Nosotros también, como entidad rectora de la lucha contra el cáncer en el país, tenemos el propósito de apoyar toda campaña particular que surja en tal sentido, pero que se ciña a las disposiciones legales que existen y a las normas de orientación y organización que oportunamente habrán de establecerse.

El Gobierno Nacional, de hecho y de derecho tiene en sus manos el control de la campaña contra el cáncer, así como tiene en sus manos la lucha anti-tuberculosa, la lucha antimalárica, la campaña anti-leprosa y anti-amarílica y tantas otras que le son propias al estado. Y el actual gobierno, interesado como el que más en la educación y la salud del pueblo habrá de dar apoyo definitivo a la lucha contra el cáncer.

Pero esta obra material no tendría valor alguno, si la obra científica fuera nula. Y creo que en ello también hemos adelantado alguna labor. Las reuniones científicas periódicas que se llevan a cabo en el Instituto serían suficiente demostración. Pero hay más: tres cursos de cancerología dictados en años consecutivos; Tesis distinguidas con las mejores calificaciones, realizadas en el Instituto por médicos internos; trabajos científicos presentados en congresos médicos nacionales y extranjeros; becas obtenidas en el exterior para el personal que trabaja aquí, son a mi manera de ver un reflejo de la febril actividad que tenemos en esta casa, en torno a la ciencia y al deseo de aprender más y progresar más en nuestra actividad de médicos, cirujanos o terapeutas.

Cuando llegamos a este cargo, por la amistad y la confianza inquebrantable de un amigo de infancia que ocupaba en ese entonces el Ministerio de Higiene y no por la intriga o la pasión política, como algunos quisieron sugerir, se dijo que el Gobierno llamaba a individuos incompetentes a estos cargos de responsabilidad y se pensó que la cancerología iba a morir en nuestras manos.

Si me permitís la confianza de una disgresión puramente personal, debo confesar que en ese entonces no era un técnico en cancerología y así hube de confesarlo paladinamente. Pero me sentía joven, capaz y lleno de entusiasmo y con disciplinas suficientes para aprender, para luchar y para progresar. Creo que no he defraudado a mi gobierno, ni tampoco al amigo que me brindó la oportunidad de servir al país y al pueblo colombiano. Creo que he cumplido con mi deber, o al menos así me lo dicen mi conciencia y la satisfacción que hoy tengo al recordar los cientos de enfermos agradecidos que en estos años atendimos en esta casa, si no con el deseo de curarlos, sí de aliviarlos, de acuerdo con el consejo hipocrático.

Pero nada de ésto hubiera sido posible sin la colaboración de médicos, técnicos de laboratorio, secretarias, enfermeras, persol administrativo y auxiliares del servicio doméstico, todo ello conducido en su marcha interior por esas dueñas de casa, admirables y santas, que son las Reverendas Hermanas de la Caridad. Por ello, he querido ofrecer este homenaje a todos ellos, que son quienes han luchado duramente, que son los que día a día, rinden una jornada de devoción y abnegación admirables y con su lealtad y consagración, han permitido el progreso del Instituto Nacional de Cancerología.

Una de las características que ha distinguido estos años de labor, ha sido la cordialidad que ha existido en todo el personal; cordialidad basada en la sinceridad y la franqueza, en la comprensión y la benevolencia. Distante muchas veces por ideas, pero unidos siempre en el mismo ideal. Aquí existe emulación pero para lo científico y esa es una noble emulación. Una emulación diferente, baja o ruín, o una falta de interés por el trabajo como el que aquí realizamos, encuentra siempre una puerta amplia de salida —ancha y generosa— como la misma puerta de entrada que los recibió.

La culminación de este Curso de Cancerología para Post-Graduados realza aún más este día. Porque nos hemos sentido estimulados y honrados por los médicos distinguidísimos que lo integran. Este curso de 1953 tuvo un éxito nunca antes igualado. El Grupo de Médicos de la Higiene Municipal ha puesto una nota destacada, pues todos ellos, sin excepción, han emulado en su interés y entusiasmo y hablan muy alto de la calidad de los hombres en cuyas manos hábiles y en cuyas mentes claras esta la salud del pueblo y de la sociedad de la ciudad capital de la república.

He considerado siempre que estos cursos de cancerología son el primer paso en la lucha contra el cáncer y por ello nos halaga y nos complace, ver que el señor Alcalde Mayor de la ciudad, Coronel Julio Cervantes y su Secretario de Higiene, Dr. Andrés Rodríguez Gómez, han tenido especial interés y han seguido con particular entusiasmo la preparación que los médicos oficiales de Bogotá hayan podido recibir en él. Yo, a nombre del Instituto, debo agradecer tal distinción.

Señores: Permitidme exteriorizar mi emoción al ver aquí a mis amigos y a mis colegas y de presentar ante la gran familia médica colombiana, esta pequeña contribución a su grandeza. Y permitidme ofrecer a mis compañeros de trabajo, el homenaje de mi gratitud y el testimonio de mi admiración.